

Ya en tus vivos omoplatos el palpitar se siente  
de las alas, que aguardan para el vuelo sagrado  
las palabras creadoras del místico conjuro.

Y eres un vespertino crepúsculo viviente  
donde luchan las últimas tinieblas del Pasado  
con los vagos y tímidos albores del Futuro.

LAS ROSAS DEL CREPÚSCULO

Á MARIANO MIGUEL DE VAL

## I

No hay gajo de laurel, rama de oliva  
ni corona de oro  
mejor para mis sienes que tus manos,  
manos de amor cuyos fragantes óleos  
vierten en los remansos de mi vida  
como un olvido místico de todo.

Amen unos el sol y otros la luna,  
que yo tan sólo adoro

el lucero que tiembla en el crepúsculo  
divinamente triste de tus ojos.

## II

Aquí, bajo los sauces: vino, rosas  
y un volumen de versos,  
mi vida se serena en la esmeralda  
de un remanso fantástico de ensueño.

Bajo el fugaz milagro del crepúsculo  
truécase en paraíso mi desierto...  
(Mi desierto?... Vivir conmigo mismo,  
en un mismo redil, lobo y cordero).

La serpiente de la Sabiduría  
 enroscada en el árbol de mi huerto,  
 no volverá á ofrecermé su manzana,  
 porque frutos no dan los ramos secos.

En vano en los remansos embrujados  
 —de mi vida interior claros espejos—  
 caricatura absurda de mi vida,  
 se asomará la sombra de un recuerdo;  
 apariencias de otras apariencias,  
 rosas de humo que deshoja el viento...  
 ¿Es mi cuerpo la sombra de mi alma  
 ó es mi alma la sombra de mi cuerpo?

## III

¡Oh, viento que estremeces mis cabellos  
 ¿qué flores, al pasar, has deshojado  
 que viertes en las sombras del crepúsculo  
 como un Oriente lúbrico de nardos?  
 ¿Qué túnica de virgen pensativa  
 en tu rauda carrera has levantado,

que dejas en mi carne solitaria  
 como el perfume de algún cuerpo humano:  
 suavidades de senos impolutos  
 y humedad de cabellos destrenzados?

El enjambre sonoro del silencio  
liba en mi corazón, romero amargo,  
su miel más dulce... Tu recuerdo deja  
un perfume de besos en mis labios.

## IV

El crepúsculo arroja de los hombros  
las gasas de amaranto que le velan,  
desengarza sus rítmicos collares  
de amatistas, granates y turquesas,  
y dejando olvidadas sus sandalias  
de púrpura, en la hierba,  
se lanza en el remanso... Es un suicida  
que no pudiendo resistir la pena

de envejecer, prefiere hallar la muerte  
á perder su belleza...

Alma, como el crepúsculo, si un día  
sientes perderse tu orgullosa fuerza,  
húndete en los remansos de la vida,  
y en las orillas olvidadas deja  
las cadenas de oro que te ciñan  
y el velo de amaranto que te vela!

V

Mi sien sobre tu hombro. Entre mis manos  
la salobre humedad de tus cabellos...  
En el árabe patio de mi alma  
el surtidor sonoro de tus besos,  
y tu perfume en todo... A mí viniste  
envuelta en una túnica de ensueño,  
á ofrecer á mi sed calenturienta  
de peregrino eterno del desierto,

el frescor de tu agua y los maduros  
y fragantes pomares de tu seno.  
¿Cuántas horas pasó la caravana  
reposando á tu sombra?... Tu recuerdo  
efímero y fugaz pasó temblando,  
como un fragante y fugitivo vuelo  
de palomas perdidas en las brumas  
de un lluvioso crepúsculo de invierno.

## VI

Para el último sueño de la vida,  
últimas rosas de mi primavera.  
Antes de que en las sombras del crepúsculo  
sus cálices de luz se deshicieran,

y su polvo fragante perfumara  
el polvo miserable de la tierra,  
una á una mis manos las cortaron  
para adorno y aroma de tus trenzas.

Como crecieron todas entre espinas  
y temblaban mis manos al cogerlas,  
como una ofrenda de mi propia carne,  
gotas de sangre en sus corolas llevan.

Y si antes de ceñirlas á tus rizos  
á tu labio un instante las acercas,  
como un perfume de melancolía,  
mi alma y mi carne aspirarás en ellas.

Para el último ensueño de la vida,  
últimas rosas de mi Primavera!

## VII

En la noche, rasgando las tinieblas  
con la luz de tu espíritu, llegaste  
á la torre encantada donde sueño  
cansado de vivir y de esperarte.

Era el silencio tan glacial. Había  
tanto hielo en las ráfagas del aire,  
que mi espíritu apenas si notaba  
los febriles ardores de mi carne.



Al lado de mi cuerpo, parecía  
un espectro velando su cadaver.

El recuerdo de todo aullaba fuera,  
como un perro esquelético de hambre  
que erizado de horror, ladra á los miedos  
que vagan en las sombras de la calle.

La puerta se entreabrió sin hacer ruido  
y en el umbral resplandeció tu imagen,  
como si en las tinieblas con un fósforo  
una mano irreal la dibujase.

## VIII

El insomnio tenaz hincha mis ojos,  
la hoguera de la fiebre me devora...  
Toda mi carne es un dolor que abrasa  
y mi alma es humo que en la noche flota.

Da las cuatro el reloj... y lentamente  
refiembla en el silencio cada nota,  
¿un martillo, quizá, que cierra un féretro?  
¿un golpe de azadón que abre una fosa?

Yo no sé, pero siento que en mi carne  
vibran cuatro puñales... En la sombra  
fosforecen dos ojos, y, el silencio  
rasga una voz que tímida me nombra...  
¡La voz de aquel amor que fué un fantasma  
porque besar jamás pudo mi boca!

LAS NAVES DEL CREPÚSCULO

A VÍCTOR M. RENDÓN

La tarde, sobre un navío  
—púrpura, jacinto y oro—  
resplandece en el sonoro  
alargamiento del río,

que refleja en sus cristales  
la viva policromía  
de islotes de pedrería  
y arrecifes de corales.

Pasa la tarde, apoyada  
en un mástil, muda y quieta,  
con su túnica violeta  
de jacintos recamada...

Dora el agua cristalina,  
con la pompa fabulosa  
de una antigua y orgullosa  
emperatriz bizantina,

mientras mi vieja quimera  
engarza rimas de oro  
en el silencio sonoro  
de la fragante ríbera.

¡Rojo y dorado navío  
que te alejas lentamente,  
rompiendo la transparente  
sierpe de plata del río,

con la prora al «más allá...»  
Eres como un ataúd  
florecente donde va  
inmóvil mi juventud,

pálida de extenuación,  
de oro y púrpura vestida,  
sangrando por una herida  
en mitad del corazón!...

CAMINOS DE SOMBRA

A PEDRO CÉSAR DOMINICI

Cruzamos espectrales por los largos caminos  
encharcados de sombra, donde los hoscos pinos  
tallados en basalto, parecen asesinos

que torvos cuchichean preparando algún robo,  
mientras resuenan trágicos, erizando el cabello,  
en las profundas guájaras, los aullidos del lobo,  
y hay manos que se tienden para ahogar nuestro cuello.

Noche trágica y lúbrica, tenebrosa ramera  
 que en su cubil de sombras ampara todo crimen!  
 Voces de agonizantes, en las tinieblas gimen,  
 y afila en los guijarros sus zarpas la pantera...

Relámpagos de espanto estremecen el monte,  
 y el alma se retuerce en rudo forcejeo,  
 ceñida por las rojas serpientes del deseo,  
 con el gesto terrible del grupo de Laoconte.

Esta melancolía  
 es mitad patológica y mitad fantasía.

Hastío del espíritu cansado de soñar  
 y tedio de la carne fatigada de amar...

No hay dolor en el mundo que yo no haya sufrido,  
 ó con la carne viva ó con el pensamiento,

porque brotar los gérmenes en mis entrañas siento  
 de dolores futuros y dolores que han sido.

Por sufrir los dolores propios y los extraños  
 viví treinta y dos siglos en mis treinta y dos años.

Vi seca mi esperanza en plena primavera,  
 sentí morir mi vida hasta en lo más profundo,  
 y sufrí tanto y tanto cual si mi alma fuera  
 la síntesis de todos los dolores del mundo.

Como un árbol que tiene la raigambre podrida  
 así fué poco á poco, secándose mi vida...

Esqueletos de árboles en la verde floresta,  
 fantasmas vegetales sin nidos y sin flores,  
 cadáveres de ensueño presidiendo una fiesta,  
 ¡como mi propia carne siente vuestros dolores!

El arte sólo ha sido  
 el ramo donde tantos dolores he reunido,  
 atados con la cinta de la melancolía,  
 por eso es tan amarga la miel de mi poesía...

Y por eso mis versos son flores de un pantano  
 que prenderse no pueden sobre tu frágil seno,  
 porque encierran sus cálices todo el mortal veneno  
 de la angustia divina y del dolor humano.

Cegadas las pupilas por tanto como han visto,  
 con el madero al hombro, igual que Jesucristo,

sin la mano piadosa de un amable recuerdo  
 por el bosque de esfinges de la sombra me pierdo...

¡Noche, negra asesina  
 de todo cuanto es luz, tiende tu manto

sobre esta ciega y muda pordiosera del canto,  
 sobre mi pobre alma, desolada heroína

de una antigua tragedia insospechada y ruda,  
 que por las largas sendas erizadas de abrojos,  
 descalza y sin amparo, temblorosa y desnuda,  
 clavando en las tinieblas las cuencas de sus ojos,

tacteando camina  
 sin fuerzas para alzar el puñal que asesina!

Una frialdad de mármol sus miembros paraliza,  
 el áspid de lo eterno el corazón le hiere...  
 ¡Dale de tu pan negro porque hambrienta agoniza!  
 ¡Dale á beber tu olvido porque de sed se muere!

¡Ten piedad de su agobio! Camina tan enferma  
 que no tiene esperanza... En tu negro jardín  
 dale tu estrecha tumba para que en ella duerma  
 ese sueño de mármol que nunca tendrá fin!